

fuera de sí mismo, y no pudiendo menos de dar vuelo á algunas chispas del fuego que le devoraba le dijo mil cosas galantes y lisonjeras, á las que ella respondió siempre con talento, sin salir jamás de su modestia ordinaria, y como derramaba en sus discursos una delicadeza que no correspondia á su rústica condicion, causó á Salvian un asombro inconcebible. Sin embargo no lo manifestó, y continuando en el proyecto que habia formado, dijo á Thibaut que queria ver su casa.

El viejo obedeció y le condujo con Elena á todos los puntos de su morada campestre, cuyo principal adorno consistia en un jardin mas lucrativo que agradable, pero cuidadosamente cultivado. Su casa estaba situada bastante bien, con una magnífica vista, pero de una sencillez que Elena se ruborizó mas de una vez por la curiosidad del marqués, que dirigia sus pasos á todas las piezas con tanto cuidado como si hubiese de hallar allí algunas cosas raras. Como la de la jóven era la mas notable para él, se paró en ella lo mas posible, y viendo algunos libros sobre la mesa, los hojeó; pero ¡cuál no fué su sorpresa al ver que todos eran latinos y de los autores clásicos! Miró á Thibaut y le preguntó riendo desde cuándo era sabio. El buen hombre respondió ingenuamente que no entendia nada de todo aquello, pero que habiendo Elena manifestado desde su

infancia aficion á las ciencias, la habie hecho aprender todo lo que una jóven podia saber, y que los conocimientos que habia adquirido en el estudio hacian entonces su mas dulce ocupacion y encantaban la soledad en que pasaba su vida.

Ese discurso redobló el asombro de Salvian; y queriendo ilustrarse mas, después de tributar mil elogios á la hechicora jóven por sus inclinaciones tan nobles, hizo girar la conversacion sobre diferentes materias, sobre las que ella se expresó con tanto talento y exactitud que el marqués quedó encantado.

—Todo lo que veo, dijo entonces al viejo, al paso que me prueba que sois el padre mas feliz del universo, me hace ver que Elena no ha nacido para este retiro: una cabaña no debe ser su morada; ella no debe habitar sino palacios. Permitid pues, mi querido Thibaut, que os lleve á ambos; venid á mi castillo á pasar tranquilamente el resto de vuestros dias. La encantadora Elena será allí la dueña soberana, hallará con qué cultivar tan bellas disposiciones, y yo cifraré todo mi placer en proporcionarle diversiones dignas de ella.

Esta proposicion habia sido hecha con un aire que no permitia la menor duda sobre el motivo que la dictaba: el amor de Salvian estaba demasiado pintado en sus ojos para equivocarse. Elena, ilumi-

nada por sus propios impulsos, no se engañó, pero aunque sentía una secreta satisfacción de su conquista y sentía mas que nunca el ignorar su nacimiento, no pudo oír sin sobresalto que un hombre de aquella edad y condicion, que solo la creía hija de un aldeano, quisiera sacarla de su rústica morada para hacerla habitar un palacio. La inocencia y la virtud no le parecían acordarse con semejante paso, por lo que no tuteó en rehusar.

Tomando la palabra y mirando al marqués con una especie de orgullo, le respondió que amaba la soledad; que le era imposible dejarla; que si el cielo la hubiese destinado para un estado mas brillante, no la habria hecho nacer en el de aldeana; que le daba mil gracias por el honor que quería hacerla, pero que le suplicaba no la forzase á aceptarlo, puesto que solo miraría como una violencia lo que él consideraba una ventaja.

Salvian la examinaba con demasiada atencion para no conocer que hablaba de todo corazon, y no obstante el exceso de su amor, encantado de su cordura y sensatez, no osó urgi-la sobre este punto temiendo ofenderla, y contentándose con manifestar con su tristeza el pesar que le causaba su repulsa, salió de la casa con una estimacion igual á su amor; pero esa estimacion le embarazaba mucho mas que su pasion. No podia dar pruebas de la

primera sin poner límites á la segunda; y si quería satisfacer las dos, le era preciso olvidar su sangre, su nacimiento y todo lo mas lisonjero en la vida humana. Sin embargo, al cabo de muchas reflexiones, se resolvió á ello; que para probar aun á Thibaut y su hija, no bien habia vuelto á su casa cuando mandó cargar una carreta de cuanto puede ser útil para las comodidades de la vida, y la envió á casa del viejo con órden de decirle que, puesto que no quería venir á su palacio, le enviaba con qué embellecer el aposento de Elena.

Ese soberbio regalo fué recibido del mismo modo que la proposicion. Elena no quiso permitir que descargaran la carreta y la hizo tomar el camino del palacio de Salvian, respondiendo al jóven señor, que la magnificencia de los muebles no correspondia á la sencillez de su morada, y que la verdadera sabiduría huía del lujo y de la abundancia. Tanta moderacion en la hija de un aldeano, asombrado al marqués, aumentó en tal grado su amor que ya no balanceó sobre el partido que debia tomar; pero como ese dia habia pasado en idas y venidas, no pudo ejecutar su proyecto hasta el dia siguiente que pasó á casa de Thibaut, á quien halló solo, porque Elena no estaba aun visible. El viejo le recibió con profundo respeto y le pidió perdon de haberse visto forzado á devolverle su regalo.

—Pero, señor, añadió, no he podido decidir á mi hija á recibirlo.

—Querido Thibaut, le replicó el marqués, he hallado un medio de hacerle recibir; vengo á proponérselo, y os creo bastante sensato para desecharlo. Yo amo á Elena y siento que no puedo ya vivir sin ella. Para acordar la violencia de mi amor con la severidad de su juicio, estoy resuelto á casarme con ella, y me lisonjeo que el presente de mi corazón acompañado del título de marquesa de Salvian, la impedirá ruborizarse de la declaración de mi amor.

A medida que hablaba Salvian, la cara de Thibaut parecía cubrirse de una dulce serenidad: brillaba en sus ojos la alegría, y cuando pudo hablar, le dijo:

—¡Ah! señor, cuán feliz es mi vejez y cuántas gracias debo dar al cielo! Pero, señor, puesto que sois bastante generoso para querer unir á Elena á vuestra suerte, no me es ya permitido ocultaros la suya; Elena no es hija mía; una sangre más noble corre por sus venas; pero es todo cuanto puedo decir, porque no sé más.

Entonces, contándole de qué modo Marina la había traído á su casa y lo que su hermana había dicho al morir, sin olvidar la caja de oro que Elena traía al brazo con sumo cuidado, dejó al marqués en extremo sorprendido. Pero penetrado de alegría

Señor que había creado el cielo y la tierra, y reconocer al mismo tiempo por demonios á los dioses todos de las gentes. El Dios verdadero se asentaba sobre las ruinas de las mentirosas deidades: sus escombros servían de glorioso escabel á sus piés.

Como por encanto desaparecía el paganismo, como un frágil polvo á fuerza de una violenta corriente de aire. Los ojos hasta allí avezados á las mas densas tinieblas, se abrian á la luz mas clara y mas brillante. La tirana esclavitud de Satanás huía des-pavorida por todas partes: por todas era reemplazada por la noble libertad del cristianismo, esta religion divina que por do quiera ha quebrantado los grillos y destrozado las cadenas.

Entre tantos libres, permanecian algunos aherrojados entre duros hierros. En Ocuila aun duraba el idolátrico culto. El dios de las cuevas asentado estaba sobre su inmunda ara. *Ostotocheil* dominaba aun en su tenebroso ántro. El idioma de los ocuiltecos, nada entendido de los misioneros, era el mas firme resguardo de su reinado. Miserable Satan ¡se le habia ido de las mientes que el señor su Dios sabe conceder el don de lengua á sus ministros! se le habia olvidado de todo cuanto es capaz el celo de un apóstol.

Pronto iba á sufrir el desengaño.

Era el año de 1537, y víspera de pascua de Es-

píritu Santo, cuando se presentan en Ocuila dos apóstoles, dos sacerdotes, dos hijos del grande obispo de Hipona, aquel sapientísimo varon, cuya pluma habia disipado las sombras de la herejía en el Occidente, y cuyos hijos habian de conducir las del Evangelio á las naciones más remotas: el grande Agustin, llamado justamente sol de la Iglesia. Llamábanse Sebastian de Tolentino y Nicolás de Perea. Estos los héroes eran, que venian á combatir con el fuerte armado. Estos los destinados para desalojarlo de aquel baluarte que creia inexpugnable. Estos los que debian reducirlo á polvo, y levantar sobre él la imagen del que quince siglos antes lo habia vencido muriendo sobre una cruz en el Calvario.

Conocemos ya á los soldados: escuchemos sus triunfos.

III.

Reducidos los habitantes de Ocuila, y encaminados por la senda segura del Evangelio que les anunciaban aquellos sus apóstoles, su corazón no podia dejar de encenderse en el amor á sus hermanos. El primer fruto de la verdadera fe es la caridad. Condolidos pues de su perdición, y deseando su reme-

dio, informaron secretamente á los misioneros de aquel oculto asilo en que parecia haberse refugiado la idolatría, y desde donde insultaba con sus impías adoraciones y cruentos sacrificios á la verdadera religion. Refiriéronles las abominaciones que allí tenían lugar, movidos no menos de celo porque la fe se propagase, que del afecto misericordioso de evitar aquella piedra que aun servia de escándalo á los más débiles.

Aquel bien intencionado informe produjo un efecto aun mayor de lo que podian esperarse los fervorosos neófitos. El lugar de abominacion debia no tanto destruirse, cuanto ser convertido en un ameno jardín de virtudes. No debia terminar en ser el centro de reunion de los que quisiesen tributar culto á la divinidad, sino pasar con más venturoso trueque á ser en el que se reunieran los verdaderos adoradores en espíritu y verdad.

Así parecen haberlo entrevisto los santos misioneros al penetrar, no sin gravísimas dificultades, á aquel sitio de horrores y desolacion. El empeño que tomaron en que de allí desapareciese el infame culto, que tan lastimosa ruina causaba á las almas, era mayor que el que hasta entonces habian usado en la destruccion de otros templos más afamados. Y con razon, porque no solo en aquel se proponian la aboli-

cion del culto idolátrico, sino hacer triunfar de una manera mas brillante el inmenso poder de la cruz.

Repentinamente, y cuando menos lo aguardaban los idólatras, se presentan á su vista los misioneros, y arrebatado el padre Perea de aquel mismo celo que en otro tiempo consumiera á Elías, reprende á aquellos nuevos sacerdotes de Baal sus abominaciones; les demuestra con tal energía y tal espíritu la verdad de la religion que predicaba, y llena sus corazones de tanta admiracion y asombro, que los hace postrar por tierra al imperio y fuerza de sus palabras. Aquella mudanza que la diestra del Excelso, mil veces ha obrado en las almas, desde luego déjase allí sentir.

El ídolo no tardará en volverse polvo. Las manos mismas que lo fabricaron, esas mismas lo reducirán en fragmentos. Como en los demás lugares del Nuevo Mundo, los que antes fueron víctimas de los engaños de la antigua serpiente, ser debian los vengadores de los ultrajes hechos á la divinidad.

los que se hallaban en su trono.

Los misioneros, sin acertar con el medio mas prudente para destruir la idolatría de aquel lugar, vacilaban entre la dulzura y el agrado, entre la violencia y el rigor. En cualquier extremo hallaban inconveniente. A costa de sus vidas deseaban concluir aque-

Esta victoria del cristianismo, aunque grande, como lo ha sido en todas las naciones, no era la que en aquel lugar debia ornar con nuevos laureles sus

sienes. Mayor y mas brillante la preparaba allí el poder divino. De muchas maneras y de diversos modos el Altísimo hablara por boca de sus ministros á los idólatras de América. En aquella cueva queria ostentar con mas esplendor toda la extension de su poder.

Los falsos dioses han venido á tierra, ya por el celo impetuso de los sacerdotes de la nueva ley, ya por la persuasiva eficacia de sus palabras, y ya tambien por el ejemplo mucho mas convincente de sus virtudes. Aquí los mismos ministros del absurdo culto han hecho rodar por el suelo á las imágenes á quienes antes ofrecian holocaustos. Allí los pueblos, conmovidos, los han lanzado de sus aras. Por aquella parte el sexo débil se ha reservado esta gloria. Por esta, manos mas flacas las de los niños, se han empleado en quebrantar el orgullo del ángel rebelado.

En Chalma debia reproducirse otra escena mas asombrosa; aquella que llenara de espanto á los habitantes de Azot. El Dios verdadero debia hacer postrar por tierra ante su imagen á aquel otro Dagon que se hallaba elevado en su trono.

Los misioneros, sin acertar con el medio mas prudente para destruir la idolatría de aquel lugar, vacilaban entre la dulzura y el agrado, entre la violencia y el rigor. En cualquier extremo hallaban inconveniente. A costa de sus vidas deseaban concluir aque-

lla profanacion; mas la conversion de otros idólatras los llamaba á otras partes, diferia para otro tiempo aquella empresa. Viendo que en lo pronto no les era posible, la aplazaron para mejor ocasion. Siempre confiando en el triunfo creyeron sin embargo que debian suspender por lo pronto el combate. Se retiraron, no por cobardía; por asegurar mejor la victoria.

V.

Escuchemos la tradicion. Esta es muy antigua para no ser venerada; muy tierna para dejar de conmover los corazones; muy religiosa para que no le prestemos todo el asenso que ella se merece. Piénsese de ella como se quiera: nosotros referimos lo que encierran nuestros anales.

He aquí la piadosa leyenda.

Reducidos casi enteramente á la fe los ocuiltecas, y facilitado así el camino para la conquista que suspendido se hubiera, los misioneros volvieron otra vez á Chalma. Acompañábanlos sus nuevos neófitos ansiosos no menos que los padres de borrar para siempre toda marca de sus pasadas supersticiones. Acompañábanlos tambien, para ser testigos de aquel nuevo

triumfo que se preparaba á la religion que habian abrazado: triunfo tanto mas deseado, cuanto que sobre su seguridad tenian aquel fuerte presentimiento que el Señor hace experimentar á los corazones sencillos y á las almas fieles.

Partió el fervoroso escuadron, y á su frente los venerables agustinos que ya hemos nombrado. El P. Perea conducia sobre sus hombros una cruz de madera, de vara y media de largo: signo sagrado que debia marcar cual gloriosa bandera, la victoria, que allí á conseguirse iba del imperio del demonio y del poder de la muerte. Aquella caminata representaba vivamente la que el Salvador habia hecho al Gólgota. Caminaban todos por ásperas malezas que hacen fragosa la cañada toda de dos leguas que dista Ocuila de las cuevas. Atravesaban las veredas difíciles que ofrecia entonces lo inculto y emboscado de aquellos barrancos; y cayendo y levantando, oprimidos de cansancio, llenos de sangre los piés y manos, y cubierto todo el cuerpo de sudor, llegaron por fin á la boca de la cueva principal.

Ostotoethcoatl va ser lanzado de sus inmundas aras. Sobre sus escombros quedará elevado el sagrado madero desde el que triunfara el Dios Hombre, el Santo de los santos.

¿Mas que es esto? ¿Que admirable espectáculo se presenta á la vista de los misioneros, y del pueblo fiel

que seguía sus pasos? El abominable *Ostotothcoatl* yace por tierra. Un resplandor prodigioso destierra de la cueva las tinieblas que eran sus inseparables compañeras. Olorosas flores colocadas sobre el altar y esparcidas por todo el áspero pavimento difunden un sobrenatural aroma, que al mismo tiempo que recrean el olfato, fortifican el corazón, elevan el alma y le hacen reconocer la casa de Dios.

Los misioneros asombrados, no se atreven á penetrar al interior de la cueva. Tantos portentos los sorprenden y un religioso temor los mantiene inmóviles en los umbrales.

La pascua era de Espíritu Santo. Su ardiente fuego acaso purifica aquel lugar manchado con tantas abominaciones. El día era también en que se veneraba la milagrosa aparición de San Miguel Arcángel en el monte Gárgano verificada allá en el siglo V. Tal vez el príncipe de las milicias celestiales, el triunfador glorioso de la terrible batalla, que tuviera lugar en el Empireo, y que turbara por un momento su eterna tranquilidad por la soberbia y rebeldía de Satan y sus míseros secuaces, había allí descendido á coronarse de otra nueva victoria. El protector del pueblo de Dios en este instante pone en derrota al que en el paraíso triunfara de los primeros padres de la humana especie. Sin duda también. . . .

En vano se afanaban los sacerdotes del crucifica-

do en darse razón de aquellos portentos que presenciaban. En vano se perdían en un mar de conjeturas. En vano apuraban sus talentos, demandándose la explicación de aquellas maravillas.

¿Y quién es el hombre para conocer todos los designios de la Providencia? ¿Quién es para comprender los arcanos de la divina sabiduría?

Decidieronse en fin los religiosos varones á penetrar en aquel ya sagrado recinto. Testigos llamados para dar fe de aquellos sobrenaturales sucesos debían averiguarlos, debían imponerse por sus mismos ojos de lo que allí pasaba. Entran. . . . y ¿cuál es el objeto que se presenta á su asombrada vista? No es el Espíritu divino quien por solo algunos efectos sensibles manifiesta su presencia en aquel afortunado lugar. No es como en Horeb un fuego portentoso que hacia arder sin consumir lo que le servía de pabulo. No alguna misteriosa figura, como en otro tiempo el arca de la alianza, que lanzaba llamas sobre el temerario que la profanara.

No. Era el manso Cordero, que enclavado en una cruz se sacrificara por la salud de la especie humana. Era el Dios hombre, que lleno de misericordia recibía con los brazos abiertos aquellos pueblos que huyendo de la servidumbre y tiranía del demonio acudían al trono de la paz y de la verdadera libertad. Era la imagen de Jesucristo crucificado, la sola víc-

tima que puede reconciliar con Dios á los hombres, el único libertador, que con su muerte les ha dado la vida, y con sus oprobios y padecimientos, conduce á los pueblos á la verdadera gloria y á la eterna felicidad.

Postrase aquella dichosa comitiva de los venerables misioneros; póstrase en tierra como ellos, y con el rostro cosido en el polvo, adoran al santo Crucifijo que allí habia encontrado. Sus corazones ardientes de fe, reconocen en aquella muda imágen al Creador de todo cuanto tiene ser; lo veneran humillados, lo confiesan redentor del mundo, y penetrados de gratitud por aquel singularísimo favor, creen en aqnel momento ver realizada aquella profecía de Ezequiel en que el mismo Señor se ofrecia á ser él mismo el portento. ¿Y tal dádiva, tan grandiosa como inesperada, producir no debia aquellos afectos? ¿Quién, quien no los hubiera experimentado iguales en las mismas circunstancias? Ibase por medios simplemente humanos á destruir un falso culto. Sobre la ara inmunda de un mas inmundo ídolo, á erigir iba la religion por mano de sus ministros el signo santo, que glorioso ya brillara algunos siglos hacia sobre la cabeza de los emperadores y los reyes.

Esta era la empresa gloriosa, sí, gloriosa al cristianismo, gloriosa á la nacion católica, que no queria esterminar sino salvar á los que con su acero con-

quistara; gloriosa, en fin á los ministros de la religion que por difundirla por todas partes abandonaban su patria, sus parientes, sus amigos, sus comodidades.

Gloriosa era, volvemos á decir, la empresa, bajo cualquier aspecto que se considerara; empero el Altísimo, quiso colmarla de mayor gloria. Las señales todas que la acompañaron entonces, los afectos que de ella se siguieron; la impresion que sobre los corazones obra la presencia de la santa imágen, mas que suficientes son poderosas para admitir la piadosa tradicion de su aparecimiento, la aplicacion que hacemos de las palabras del profeta: "Yo, yo mismo seré vuestro portento."

VI.

Fijemos por un instante la vista en esa prodigiosa imágen, y nos convenceremos por nosotros mismos de que en ella hay algo mas que la obra de los hombres.

Veámosla con atencion.

Su postura en el madero santo de la cruz, la inclinacion de su divina cabeza, lo lastimoso de sus llagas

las dolorosas señales de los golpes, las cárdenas impresiones de los cordeles y ligaduras, y lo purpúreo de la sangre desatada en arroyos de sus clavados piés, manos y costado, y desprendida en hilos desde la frente á las plantas; todo este tierno espectáculo comparado á la letra con lo que los sagrados profetas y evangelistas nos refieren, nos representa muy al vivo al mismo varon de dolores, dibujado por boca de Isaías, y un fidelísimo retrato del mismo que dejó verse en la cumbre del Calvario.

Pasada la primera impresion que obra sobre el espíritu, la vista de la santa imágen, y contemplándola mas detalladamente, cuanto lo permite el religioso terror que nunca abandona al que la mira de hito en hito, se descubren nuevos primores. Admirable es la estructura del sagrado bulto, la distribución de sus tamaños, lo proporcionado de la estatura, lo bien compasado de sus eztremitades superiores é inferiores, el natural caimiento de la cabeza, lo descolgado y vencido del cuerpo, que desde luego indica su estado de cadáver, y la manera violenta con que está suspendido.—Sobre todo, el venerable rostro excita la mas dolorosa admiracion. Su colorido acardenalado, el desencaje de las facciones y el entumecimiento tan natural de las carnes, indican cuánto padeció aquella humanidad divina, así de parte de sus despiada-

que corona una bella efigie del taumaturgo de Tolentino.

Penetremos mas adentro.

Desde luego llama la atencion la frontera del templo. Situada al mediodía forma una vistosa portada de cuatro gruesas columnas, sustentadas en sus correspondientes bases á uno y otro lado de la puerta y que no exceden de su altor.

Sobre las cuatro, coronadas de una almenilla que les sirve de capitel comun, se ve en el centro, de medio relieve, la efigie del divino Crucificado, á la que hacen devoto cortejo cuatro estatuas de cante-ria de santos de la órden augustiniana: dos á las de la puerta del templo. Un medio punto corona la fachada, con otro escudo, hoy liso, pero en el que antes estuvieron las armas de España, cuando en 1783 el católico Cárlos III le concediera el título de real, así como al convento. Dan complemento á la hermosura de esta fachada dos torres, medianas en tamaño, pero vistosas y con sus esquilas y campanas necesarias.

Lo interior del templo consta de cuarenta y ocho y media varas castellanas de longitud y quince de latitud: su altura es proporcionada.

Desde que se entra á él se presentan á uno y otro lado bellos colaterales, con hermosas y ricas pinturas y esculturas; y por do quiera que se vuelvan los